La puerta del bosque sin dueño

Shyvirelle · Texto original

La puerta del bosque estaba hecha de dos troncos vivos entrelazados. No tenía cerradura, ni llave, ni un sitio donde apoyar un candado. Sin embargo, junto a ella se levantaba una placa que decía: *Solo se permite el paso con autorización del dueño*.

La reina llevaba años enviando documentos con su sello. Los notarios afirmaban que el bosque pertenecía a la corona; los viejos mapas lo llamaban tierra comunal y los leñadores recordaban acuerdos tan antiguos que nadie conservaba sus firmas. Ningún permiso había abierto la puerta.

Mica, aprendiz de guardabosques, se ocupaba del borde oriental del bosque. No pretendía resolver quién era el propietario. Cuando vio que las lluvias habían descubierto las raíces de un fresno, llevó tierra y piedras pequeñas para sujetar el talud. Luego reparó la cerca que impedía al ganado entrar en los brotes nuevos. Trabajaba antes de que hubiera nadie para felicitarla.

Una mañana la puerta se abrió al verla llegar. Los dos troncos se separaron lo suficiente para mostrar un sendero bajo las hayas. Mica no entró. Tenía que terminar de limpiar el canal que llevaba agua hacia los viveros de la ladera.

Al otro lado del camino la observaba Berto, un leñador expulsado del reino por cortar árboles sin autorización durante una época de escasez. Había cumplido su sanción, pero no había querido marcharse. Vivía en una choza fuera del límite, donde una antigua tala había dejado el suelo sin sombra.

—Si te ha dejado pasar, entra —le dijo.

—No necesito entrar hoy.

—Los que traen permisos sí parecen necesitarlo.

Mica señaló las raíces sujetas por piedras. Durante la tormenta anterior, aquella reparación había evitado que una lengua de barro cubriera los brotes.

—Quizá la puerta no está preguntando quién manda —respondió—. Quizá mira qué hacemos cuando nadie nos promete nada.

Pocos días después llegaron noticias de que la reina estaba enferma. Sufría fiebre y un agotamiento que le impedía afrontar el largo rodeo hasta la casa de reposo situada al otro lado del bosque. El camino directo atravesaba la puerta. Mica recibió la orden de acompañarla.

La reina bajó de su carruaje envuelta en un manto azul. Tenía las manos frías y la respiración corta. En la muñeca llevaba un brazalete con el sello real; en la otra mano, un documento escrito sobre pergamino fino.

—Este bosque está dentro de mis fronteras —dijo con una voz que intentaba sonar firme—. Necesito cruzarlo.

Los troncos no se movieron.

La reina ordenó que llevaran el pergamino más cerca. Mica lo apoyó sobre la placa sin resultado. Luego mostró el permiso que había recibido para trabajar allí. La puerta se entreabrió únicamente del lado de Mica y volvió a cerrarse cuando la reina dio un paso.

—¿Qué quiere? ¿Una promesa? —preguntó la reina.

Mica pensó en las raíces del fresno, en el canal y en el trabajo de Berto sobre la ladera. Le explicó lo poco que sabía: la puerta parecía responder a reparaciones efectivas, no al sello de nadie. No sabía cuánto tiempo exigía ni si la regla era igual para todos.

La reina sacó una bolsa de monedas y la ofreció a Berto, que había acudido al ver el carruaje.

—Arregla lo que falte. Te pagaré por tu trabajo y obtendré el paso.

Berto observó las monedas. Hacía tiempo que no tenía tantas juntas.

—Puedo trabajar por paga —respondió—. De eso he vivido siempre. Pero si la puerta quiere saber lo que usted hizo, mi trabajo no será el suyo.

La reina guardó la bolsa, irritada. Berto no la había insultado; le había dicho algo que no quería oír.

Se sentaron a esperar junto al canal. Mica había excavado sus bordes, pero una rama caída obstruía el agua más abajo. La corriente se desbordaba hacia una

zona donde crecían árboles jóvenes. La reina lo vio primero porque el agua empezó a rodear los pies del carruaje.

—Dentro de una hora los brotes estarán enterrados —dijo Mica—. Si no retiramos esa rama, la tierra del vivero se irá por el cauce viejo.

Berto se acercó a examinarla. Era demasiado pesada para levantarla sin herramientas. Propuso dividir el atasco y abrir una salida lateral para que el agua dejara de golpear la orilla. Mica comenzó a retirar hojas compactadas con una pala pequeña.

La reina, que estaba sentada bajo una lona, miraba la corriente. Podía esperar a que le abrieran la puerta; podía también ordenar que todo el trabajo se hiciera sin ella. Pero el agua ya estaba entrando en el vivero, y Mica tenía las botas llenas de barro.

—Dame esas tiras de tela —pidió la reina.

Mica creyó que quería secarse las manos. En realidad, la reina había visto que una estaca de señalización se soltaba con cada golpe de corriente. Sentada, sin levantar peso ni mojarse los pies, trenzó las tiras, ató la estaca a una raíz firme y sostuvo el nudo mientras Mica aseguraba el terreno con piedras. Después separó las hojas que tapaban una pequeña salida de agua al alcance de su mano.

No fue un trabajo espectacular. Berto seguía retirando ramas y Mica continuaba abriendo el canal. Pero el agua dejó de acumularse junto a los brotes. El barro comenzó a asentarse detrás de las piedras, y el hilo de corriente que amenazaba el vivero volvió a su cauce.

La reina soltó la tela. Le dolían las manos y seguía enferma. Contempló los árboles pequeños; algunos tenían las hojas tan nuevas que se transparentaban a la luz.

—De no haberlo visto, habría seguido esperando —admitió—. Ni siquiera sabía que aquí había un vivero.

—No hace falta que termine el canal —dijo Mica—. Ya evitamos que se pierda la orilla. Lo demás podemos hacerlo nosotros.

La reina miró la puerta, aún cerrada. Por primera vez no preguntó si ya tenía derecho a pasar. Preguntó, en cambio, dónde debían colocar las herramientas para que la próxima lluvia no se las llevara.

Mica le indicó un banco de piedra. Cuando regresaron a él con las palas, los dos troncos comenzaron a separarse. La puerta abrió un camino ancho, suficiente para que Mica acompañara a la reina hasta el refugio al otro lado del bosque.

Berto recogió la cuerda y limpió el borde del canal. La reina se volvió hacia él.

—Tú también has reparado el daño. ¿No vienes?

El leñador observó la ladera desnuda donde había trabajado durante años. Los primeros plantones resistían junto a su choza, pero quedaba una franja extensa sin sombra. La tierra se desmoronaba cada vez que llovía.

—Hoy no —respondió—. Falta atender la parte que todos dejan atrás cuando ven una puerta abierta.

La reina asintió. No le ofreció otra bolsa de monedas ni exigió que cambiara de parecer. Le pidió permiso para enviar herramientas desde el reino; él aceptó con la condición de decidir, junto a Mica, dónde utilizarlas. Era una ayuda para el lugar, no una compra de paso.

Mica acompañó a la reina por el sendero. Caminaban despacio, deteniéndose cuando la fiebre obligaba a descansar. A ambos lados podían verse huecos recientes en el barro, donde el agua había encontrado por fin salida.

Al llegar a una curva, la reina miró hacia atrás. La placa de la puerta ya no se distinguía entre los troncos.

—¿Y quién es el dueño del bosque? —preguntó.

Mica se agachó a retirar del sendero una piedra que podía hacer tropezar a alguien cansado. La colocó fuera del paso y siguió andando.

—Todavía no lo sé —contestó—. Pero ya sabemos algo que los permisos nunca consiguieron demostrar.

Fuera del bosque, Berto plantó un árbol más en la ladera. No hubo ninguna puerta que se abriera para verlo. Aun así, antes de irse, lo protegió con una pequeña cerca contra el viento.